

Infancia, relaciones y estructuras familiares

Reynaldo Rivera

Intermedia Social Innovation

En julio de 2013, Malala Yousafzai recordó a los líderes mundiales que “la pluma es más poderosa que la espada. Un niño, un maestro, un bolígrafo y un libro pueden cambiar el mundo”. Su mensaje no estaba dirigido solo a quienes son responsables de los países pobres y en vías de desarrollo, ya que en la mayoría de los países europeos los niños son el sector poblacional que más sufre la pobreza y la exclusión social.

La Europa silenciosa

El 21,2% de los menores de 18 años (uno de cada cuatro) vive en situaciones de riesgo de pobreza y el 9,1% vive en hogares con serios problemas de empleo y vivienda. El último “Dossier Pobreza” de EAPN (2014) es contundente: en España hay tres millones de personas en situación de “pobreza severa” (viven con menos de 307 euros al mes). Ese número incluye el 20,4% de los niños y el 18,3% de las niñas. La tasa de riesgo de pobreza y exclusión social para los menores de 16 años ha pasado del 30% en 2008 al 32,3% en 2013. La pobreza infantil persistente (más de dos años) incluye el 13,1% de los niños y niñas y los adolescentes españoles (versus el 10,4% de la UE).

Madres y niños en soledad

Esta situación se agrava en un grupo poblacional que muchas veces pasa desapercibido para las políticas públicas: las familias monoparentales (que en España son 616.200). Según una publicación de The Family Watch basándose en un informe de la UGT, el 90% de esos hogares son sostenidos por una mujer y son más pobres, ya que esta debe trabajar 84 días más que un hombre para cobrar lo mismo; la tasa de temporalidad es muy elevada y la cuantía de las pensiones más bajas. Esta situación de injusticia social (que es parte de la crisis del compromiso comunitario que afecta también a los ancianos, algunas minorías y las familias numerosas) no es solo española: en Irlanda, quienes forman parte de un hogar monoparental tienen el 69% más de probabilidad de experimentar alguna forma de exclusión social. Tal como afirma la organización One Family (Dublín), esto impacta directamente en la salud y el desarrollo armónico de los niños, por ejemplo en la capacidad de acceso a servicios y en la atención sanitaria y educativa de calidad.

¿Qué se puede hacer para revertir esta situación, que pone en riesgo el presente y el futuro de España y Europa? Para resolver un problema, es importante conocer sus causas, los “porqués”, para de este modo desarrollar políticas y acciones eficaces. Por este motivo, desde el año 2011, un grupo de investigadores (World Family Map Project), liderado por el sociólogo de la Universidad de Virginia Bradford Wilcox, y del que forman parte la UIC e InterMedia Social Innovation, han estudiado los factores que influyen en la configuración y procesos de las familias actuales y sus consecuencias sociales, culturales y sanitarias.

Familias monoparentales y salud

Retornando al discurso de Malala en la ONU, son dos los aspectos a tener en cuenta: las condiciones estructurales del contexto socio-cultural (el acceso al bolígrafo, al libro, etc.) y las relaciones interpersonales (significados por la interacción niño–maestro). Como he tenido oportunidad de destacar en el informe “Adolescentes y *social media*”, y confirmando recientes publicaciones científicas, los problemas de violencia y exclusión social están asociados a una crisis del contexto y procesos de socialización (en la familia, la escuela y los contextos mediatizados) que impactan negativamente en las capacidades de las personas de generar relaciones interpersonales estables y positivas. En una sociedad acelerada que está permanentemente en movimiento, “en flujo”, y sobrecargada de estímulos de consumo (Lipovetsky ha escrito sobre el hiperconsumo y la segunda crisis del individualismo), los problemas generados por la pobreza y la estructura de las familias tiene un impacto mucho mayor sobre los “eslabones” más débiles de la “cadena”: los niños y niñas y los adolescentes.

Este estudio será presentado en Barcelona el próximo 24 de setiembre en el II Congreso Internacional Familia y Sociedad. En él se destaca que la estructura (y no solo los procesos) de la familia afecta la salud psicológica de los niños: el 25% de los que viven en familias monoparentales en Europa han manifestado dificultades severas en el último año. La diferencia con otras estructuras familiares es estadísticamente significativa.

De hecho, en países como Dinamarca, Estonia, Inglaterra y España estos niños que crecen en familias monoparentales tienen mayores probabilidades de sufrir problemas psicológicos como consecuencia del estatus familiar. Por el contrario en el África Subsahariana, Asia y América Latina se puede confirmar la eficacia de la familia extensa, ese tipo de “red de protección”. Por el contrario, la inestabilidad matrimonial se cobra su precio en términos de bienestar infantil. Diarrea y muerte infantil son signos distintivos de familias reconstituidas de África, Asia, el Caribe, América Central y del Sur.

Como afirman algunos investigadores del proyecto Families and Societies, “las formas familiares están relacionadas con los resultados demográficos, cognitivos, educativos y comportamentales de los niños. La casi totalidad de los estudios muestran que existe una correlación entre los resultados negativos y vivir en una familia monoparental o reconstituida”. Esto no significa que la estructura cause los efectos (correlación no es causación), pero puede facilitarlos, bajo ciertas circunstancias, ya que impacta negativamente en los recursos materiales y relacionales de los actores involucrados en el proceso de socialización.

Familia y contexto sociocultural

La estructura y los estilos de vida familiares impactan en el bienestar de los niños. Es evidente que esos factores son consecuencia de decisiones personales de los actores involucrados (los padres y madres). Sin embargo, esas decisiones no se adoptan en el vacío, sino que dependen de un complejo sistema de valores, recursos, factores contextuales e individuales (también genéticos), experiencias pasadas y expectativas, tal como hemos podido demostrar en el informe “El dividendo demográfico sostenible” publicado en 2011. Un ejemplo de ello es la decisión de maternidad/paternidad.

Prácticamente en todos los países desarrollados, incluyendo la mayor parte de Europa, el este de Asia y muchos de los países americanos —desde Canadá hasta Chile—, la tasa de fecundidad ha descendido por

debajo de los niveles necesarios para evitar el envejecimiento acelerado de la población y su deterioro. Entre los factores relacionados con la emergencia demográfica se pueden destacar la urbanización, la disminución de los salarios y el incremento de la inseguridad, los valores y conceptos cambiantes acerca de los estilos de vida (el inicio emergente del descenso de la fecundidad en Escandinavia y su consecuente propagación por Europa Occidental, por ejemplo, está fuertemente asociado a la secularización, el declive de la autoridad religiosa y el auge del individualismo). No obstante, en este análisis no podemos olvidar la relevancia del sistema cultural y, en particular, de los medios de comunicación, que reproducen y refuerzan ciertos mensajes y modelos culturales, que promueven ciertos estereotipos y estándares de conducta.

A modo de conclusión

A lo largo de este artículo he afrontado la pregunta de investigación a partir de sus causas y factores asociados. Está claro que no se pueden realizar recomendaciones genéricas de solución para la situación de pobreza y exclusión de la niñez, en particular para aquellos que crecen en familias monoparentales. Sin embargo, la recomendación de la Comisión Europea “Invertir en la infancia: romper el ciclo de las desventajas” propone algunas líneas que pueden orientar futuras acciones.

A partir del respeto de la dignidad humana como valor fundamental, se debe abordar el problema a través de políticas que promuevan la intervención temprana y la prevención, mediante estrategias integradas que vayan más allá de garantizar la seguridad material. Esto es, se debe afrontar el problema multidimensional con enfoques interdisciplinarios e integrales que promuevan mejores estilos de vida a través de una mayor inversión en educación, cuidados de la primera infancia y participación juvenil. Para ello, por ejemplo, se deben eliminar “obstáculos como el coste, el acceso y las diferencias culturales para garantizar que todos los niños puedan participar en actividades lúdicas, recreativas, deportivas y culturales fuera de la escuela”.

En definitiva, Malala tenía razón: se necesitan maestros, bolígrafos y libros. Y todo esto, en una sociedad que pase de ser individualista, consumista y adulto-céntrica; a una verdadera comunidad solidaria centrada en el desarrollo integral de la niñez.